



HAZ BIEN, Y NO MIRES Á QUIÉN.

(Continuacion.)

El cielo cada vez se ponía más oscuro, y llegó un momento en que parecía de noche. Comenzaron á sentirse truenos lejanos; pero cuando la oscuridad fué mayor, un trueno espantoso, resonando por aquellas montañas, conmovió en terrible sacudida el espacio todo. María despertó entónces llena de sobresalto y terror.

—¡Jesus, Dios me valga!—dijo levantándose del suelo, donde habia caído. Lo primero fué mirar hácia el sitio en que estaban sus queridos niños. Al verlos sanos y salvos, pero llorando de miedo, tranquilizóse su espíritu y corrió á estrecharlos entre sus brazos.

¡Pobrecillos! No podían moverse del sitio, llenos de miedo... Al fin, con las cariñosas palabras de su madre fueron serenándose, volviendo del terror que aquel terrible trueno les habia causado.

La verdad es que el suceso era para asustar á cualquiera, pues tanto los niños como la madre habian caído al

suelo con la fuerza de la detonacion, y hasta perdido la vista, por un momento, con el vivo resplandor del relámpago.

Luégo, como sucede por lo regular despues de una tronada y en el mes de Mayo, fué perdiendo el cielo el color gris que tenía, evaporándose las nubes negras para dejar ver el hermoso azul claro y medio rojizo con que se reviste de ordinario, y todo volvió á quedar en la naturaleza reposado y tranquilo como ántes estaba. María continuó en su tarea, pero algo recelosa sobre la suerte que habrian tenido los pobres animalillos que estaban encerrados en la casa, los cuales no se asustarian poco con el ruido de tan terrible trueno.

Ideas tenía de suspender su trabajo para ir á ver cómo lo pasaban los seres allí encerrados; pero le faltaba poco para concluir: además era sábado, y al día siguiente habian de venir por la ropa, de manera que se decidió á termi-

nar su obra. Sin embargo, como estaba cada vez más impaciente determinó mandar á Rafael: fué éste, en efecto, saltando y brincando al momento que se lo dijo, porque era muy obediente y sumiso á los menores deseos de su madre. Pero ya pasara un buen espacio de tiempo sin que el niño hubiese vuelto con alguna noticia; esto aumentó la intranquilidad de María, que subió de punto cuando oyó á Juana decir que salia mucho humo de la casa. Dióle un salto el corazon al oir esto, y dejando lo que tenía entre manos corrió hácia el sitio donde la niña estaba, que era una pequeña loma ó montecillo formado por los guijarros del rio, allí amontonados por el tiempo: al punto que llegó allí ya no sólo era humo lo que se veia salir de la casa, sino chispas de fuego que subian y volaban á bastante altura. Dióse entónces á correr todo cuanto podia hácia su vivienda; cuando llegó á ella las llamas salian por todas partes:

—¡Rafael!... ¡Rafael!...—gritaba la pobre madre con todas las fuerzas de su alma.—¿Dónde estás, hijo mio? ¡Ven, ven, háblame, respóndeme... quiero oir tu voz!

A poco parecióle sentir un quejido que salia de dentro de la casa, y á pesar de las llamas y del mucho humo que habia, penetró en ella y fuése á donde le parecia habia salido aquella voz quejumbrosa; tropezó luégo con un bulto que estaba tirado en el suelo y que conoció era su hijo. El humo era espantoso y la rodeaba por todas partes, sin que pudiese ver ni distinguir la menor cosa... Así y todo, cogió como pudo tan preciosa carga.

Habia momentos en que sus piernas vacilaban; la respiracion era anhelante, medio se ahogaba, no podia abrir los

ojos ni sabia por dónde andaba; vióse perdida y á punto de sucumbir en medio de las llamas que se iban acercando á donde ella estaba; pero una ráfaga de viento que en aquel supremo instante penetró por la puerta, disipó el humo y dejó penetrar en la estancia la claridad del dia. Esto la salvó: merced á aquella claridad distinguió la puerta, que no estaba léjos, y haciendo un supremo esfuerzo echóse fuera llevando á Rafael entre sus brazos.

Entónces vió distintamente á su hijo que parecia como muerto; levantóle en alto, hízole respirar el aire, y rocióle el rostro con agua que habia traído Juana del regato próximo á la casa. Con estos oportunos auxilios fué volviendo en sí Rafael y llenando de consuelo y de alegría el corazon de aquella pobre madre. Si María tarda un momento más, ni las cenizas de su hijo querido hubiera hallado entre los escombros de su casa.

Entretenida en prodigar todos los cuidados necesarios para hacer volver á Rafael á la vida, no se acordó para nada ni de su vivienda, ni de lo que en ella tenia; sólo al sentir el ruido que hizo el techo al desplomarse, volvióse hácia donde estaba. El cuadro que ofrecia era tristísimo: las llamas que salian por el tejado, que ya apenas existia, lo consumian todo é iban á convertir en ruinas el pobre hogar de María.

Rafael, en cuanto se halló con fuerzas, intentó dirigirse nuevamente á la casa, pero su madre no le dejó.

—¿Qué vas á hacer, hijo mio?... No nos queda ya más sino pedir al cielo paciencia y resignacion en nuestro infortunio... Nuestras fuerzas de nada sirven para contener el incendio que consumirá en pocas horas nuestro hogar

querido... ¡Cúmplase la voluntad del Señor!

Y aquella alma buena y piadosa pos-tróse en tierra con sus dos hijos, y levantando el corazón á Dios dióle gracias por haber salvado á su Rafael, pidiéndole también socorro y ayuda en su gran tribulación.

Así permanecieron algún tiempo orando, entre sollozos y lágrimas, aquellos tres seres infortunados.

En esto fueron llegando las gentes de la aldea vecina: al punto las mujeres rodearon á María y á los dos niños prodigándoles los mayores consuelos: poco más podían hacer, porque eran tan pobres como ellos. Los hombres fuéronse á trabajar con intención de apagar el fuego y ver si podían salvar algo de lo que en la casa había... ¿Qué habían de salvar?... El incendio había sido producido por el rayo, que penetrando en la casa é incendiando unos haces de paja que estaban sobre una poca leña, fueron extendiendo el fuego por todas partes. Al propio tiempo, las paredes se habían resentido y estaban agrietadas en muchos puntos. En fin, aquellos buenos vecinos tanto hicieron, que pudieron reducir el fuego á un extremo de la casa dejando el paso libre hácia el hogar y establos, en donde medio carbonizados por el rayo pudieron sacar afuera los becerrillos, ovejas y corderos, que no sirvieron más que para que todos cuantos allí había se doliesen nuevamente del infortunio de María: daba compasión ver á los pobres animalitos negros y quemados como estaban.

En medio de su dolor acordóse María de la carterita que D. Ricardo la había dado, hacía entónces tres años, la noche que se hospedó en su casa. Tenía-

la guardada en un arca debajo de su lecho y dentro de una caja de hoja de lata, y fuese á ver si la hallaba: entró en la casa, miró por todas partes; pero en vano, no se veían ni restos de ella. Enterados, sin embargo, los vecinos de lo que quería, diéronse á buscar y remover todos aquellos escombros, logrando encontrar la misteriosa cajita, que intacta entregaron á María. Cogióla la buena mujer con ánsia y gozo á la vez. Abrióla al punto y vió que contenía algunas monedas y un papel doblado con varios renglones escritos con lápiz que decían: „María, que así se llama la dadora de este papel, me hospedó en su casa la noche del 1.º de Abril de 18... Me hizo un grande y señalado servicio, y por lo tanto es acreedora, no sólo á tu cariño, sino á que se la oiga y atienda en lo que pida.—Ricardo de... A mi querida esposa Efigenia.”

Como María era tan sencilla y buena, leyó en alto lo que el papel decía. Todos se alegraron y celebraron el suceso, animando á María para que fuese á donde el papel decía, y cuyas señas tenía al fin. Después empeñáronse en llevarla de allí, y costó trabajo el que se conviniesen en quién había de hospedarla en su casa, pues todos querían ser los primeros en esta buena obra. ¡Ya se ve, María era tan buena que no había nadie que no la quisiera de corazón; la respetaban por su virtud y la amaban por su bondad! Al fin convinieron en quién había de llevarla á ella y á sus niños por aquel día, pues en los demás ya lo arreglarían.

Antes de abandonar María aquel lugar tan querido por ella, miró con desconsuelo los restos de su pobre casita; su corazón, al verla así, casi reducida á

escombros, se oprimió con inmenso dolor, y una lágrima triste y silenciosa corrió por sus mejillas pálidas ya por los temores y sobresaltos de aquella tarde de angustias.

IV.

Algunos días después de los sucesos que acabamos de referir entraba en la ciudad de... la pobre María seguida de sus dos niños, Rafael y Juana, quienes iban admirándose á cada paso que daban de las calles y edificios que veían á una y otra parte, todo lo cual era para ellos nuevo y extraordinario. ¡Ya se ve, no habían entrado nunca en ninguna ciudad ni visto más que las humildes casitas de su aldea!

Así era que los inocentes aldeanitos iban parándose en todas partes y quedándose embobados ante los bazares llenos de juguetes y de cosas para ellos sorprendentes y extrañas que los deslumbraban, hasta prorumpir en exclamaciones de asombro y admiración. En fin, tantas demostraciones de pasmo hacían, que los pilluelos y muchachos, que siempre están de sobra en todas partes, dieron en reírse de ellos y perseguirles con chanzonetas, y hasta lo que era peor, arrojándoles piedras y cuanto hallaban más á mano en el suelo, de lo cual apercibidos los jóvenes forasteros fueron conteniendo su curiosidad y acercándose á su madre, de la que no volvieron á separarse ni un momento.

Después de andar y correr algunas plazas y calles llegaron por fin á la casa de D. Ricardo Sánchez-Velez. Había éste un semi-palacio, el más grande y bonito de la población. Al verse María allí, á las puertas del mismo, vaciló en su resolución y quedó pensando lo que haría. Mil ideas y pensamientos le asaltaban.

(Se continuará.)

R. SEGADÉ CAMPOAMOR.

CUENTOS INFANTILES.

XLIV.

—Maestro, córteme el pelo,
Pero al rape... más al rape...
—¿Te aprieta tanto la gorra?
—No; pero al salir de clase
Si me hace burla Luisito
Podré del pelo tirarle...
Y se ha de afilar las uñas
Si quiere de mí vengarse.

XLV.

—¡Hay chico más desastrado!...
¿No ves que tus medias, Juan,
Van al revés?
—¡Si es que están
Rotas por el otro lado!

XLVI.

Enrique hizo mal su plana
Y le dijo el profesor,
Que por su instrucción se afana:
—Para que la hagas mejor
La repetirás mañana.
Fue al teatro, y una ovación
De la tiple presenciando,
Quedó Enrique, con razón,
Entre dientes murmurando
La siguiente reflexión:
—Si esa pobre señorita
Cantó mal *La Favorita*,
Por qué la aplauden no sé...
Y si cantó bien, ¿por qué
Pretenden que lo repita?

M. OSSORIO Y BERNARD.

HISTORIA SAGRADA.



SAMSON.

Fué duodécimo juez de Israel; nació durante la sexta servidumbre de los hebreos, fué consagrado á Dios por su madre, se abstuvo del vino y de toda bebida fermentada en su primera juventud y adquirió una fuerza prodigiosa. Hizo varias expediciones contra los filisteos, volviendo siempre de ellas victorioso, y fué elegido juez (1172 ántes de J. C.). En los veinte años que duró su poder atacó siempre con ventaja á los enemigos de su patria, hasta que al fin, merced á las traiciones de su amante Dalila, fué hecho prisionero por los filisteos y conducido á Gaza, donde le sacaron los ojos. Servíanse de él como de un bufón; pero cansado Samson de tanto vilipendio, derribó un dia una de las columnas que sostenian el edificio donde se hallaban

reunidos los principales de la nación celebrando un festin, y de este modo perecieron gran número de ellos; pero tambien murió él aplastado por las ruinas. La fuerza de Samson dependia de sus cabellos, así es que Dalila para entregarlo á sus enemigos tuvo que cortárselos: habianle vuelto á crecer cuando derribó la columna. La Sagrada Escritura refiere muchos hechos maravillosos de Samson; pero los Padres Santos piensan que deben interpretarse alegóricamente estos prodigios.

Niños: que vuestras pasiones sean dominadas siempre por la razon, si quereis conservar el vigor del cuerpo y la tranquilidad del ánimo, pues de otra suerte llegareis á ser, como el juez de los hebreos, víctima y juguete de vuestros enemigos.

LA DESOBEDIENCIA.

—¿Quieres, mamá, decir á Manuel que al salir del colegio me lleve un ratito al Salon del Prado á jugar con mis amiguitos Luis y Julio, que todos los dias van allí con su papá? Yo te prometo ser bueno y no sofocarme corriendo... ¿Quieres? Dí que sí, y te doy un beso.

Así decia, con marcada zalamería, un niño de pocos años, de blanca tez y rubios cabellos, á una señora jóven en cuyo rostro se marcaban las huellas del sufrimiento. Estaba enferma de ese terrible padecer que consume y aniquila lentamente la naturaleza, y contra el cual la medicina es impotente. Pálida y triste reclinaba su hermosa cabeza en una butaca, clavando sus inteligentes ojos en la dulce fisonomía de su hijo, cuyos rizos acariciaba con su blanca mano.

—Hijo mio—contestó á la pregunta del pequeño,—¿no te encuentras á gusto al lado de tu madre, que tanto te quiere? ¿No te doy licencia para que en casa juegues cuanto quieras con tu hermanita? ¿No tienes infinidad de juguetes que tanto te gustaron, y que hoy tienes arrinconados? No te enfades, hijo mio, ni pongas ese ceño que te hace tan feo; pero sé que yendo con Manuel corres y te sofo-

cas, y despues te constipas. Cuando vuelvas del colegio yo jugaré aquí contigo, y en este velador formaremos muchas pájaras, que haremos tu hermana y yo, y verás cómo te diviertes.

—Despues de venir jugaré cuanto quieras; pero ántes quiero ir á paseo, que allí me divierto más con mis amigos... Volveré pronto, ¿quieres?

—No, no: mañana que es dia de fiesta, y tu papá podrá acompañarte, y te dejará jugar, y te comprará barquillos... hoy no.

Trabajo costó á la madre este acto de energía. ¡Estaba tan habituada á conceder á sus hijos cuanto le pedian!

Marchó el niño de mal humor, aunque al parecer conforme con el mandato de su mamá; y ésta, luégo que le vió ausentarse, exclamó: ¡Qué egoista es la humanidad! Desde que nace la criatura adquiere la inclinacion de seguir sin reflexionar el camino que más le agrada, aunque sea el que ménos le convenga. Sufro mucho al separarme de mis hijos, pues cada vez que esto sucede me asalta la terrible idea de si no les volveré á ver. Esta enfermedad me mata.

Y la infeliz lloraba amargamente. De pronto, teniendo apoyada la

cabeza entre sus manos, dió un grito y la acometió un vómito de sangre; quiso levantarse y, no pudiendo, volvió á caer en la butaca en los brazos de su marido y de los criados que inmediatamente acudieron. Por señas hizo llevar á su niña, y Manuel salió precipitadamente en busca de Carlos; pero ¡cuál no sería su sorpresa al saber que no había asistido al colegio! Corrió al Salon del Prado, recordando la conversacion tenida entre el niño y su mamá; pero tampoco allí estaba, y el honrado sirviente se decidió á ir á casa de Luis y Julio. En efecto; allí estaba Carlos, al que reprendió duramente su conducta, y enterados los papás de sus amigos de que había faltado á la verdad manifestando que de órden de su mamá le habían llevado allí para acompañarles á paseo, unieron sus censuras á las de Manuel, y le advirtieron que no le admitirian en aquella casa hasta que obtuviera el perdon de sus engañados padres.

Salió avergonzado y cabizbajo sin que nadie le despidiera, y llegó á su casa con el rostro teñido de rubor.

La conciencia le acusaba, y hasta

llegó á ocurrírsele que por su desobediencia Dios había querido castigarle quitando acaso la vida á su buena madre.

Carlos era bueno á pesar de la viveza de su genio, y al ver á su madre en el lecho, á que había sido trasladada, creyó que el mal había sido causado por su calaverada, y rompiendo en lágrimas y sollozos exclamó:

—¡Perdon, mamá mia, yo seré bueno, no lo volveré á hacer!

La enferma abrió los ojos trabajosamente, miró á su hijo, sonrió con tristeza, y esforzándose para alargar su mano y acariciarle, cayó de nuevo en la inaccion anterior.

Pasados algunos dias, la madre y el niño formaban el mismo cuadro que al principio referimos.

Algun tiempo despues tuvo Carlos la pena horrible de verla morir, y desde entónces, aunque había sido perdonado muchas veces, le asaltaba continuamente la idea de si, á pesar de no haber tenido intencion de molestar á su buena madre, su conducta en aquel dia pudo acaso precipitar su muerte.

G. SANCHEZ DE NEIRA.

ACTUALIDADES.

Ha vuelto á trabajar en el teatro de los Jardines del Buen Retiro la compañía de opereta italiana de la Sra. Roselli. El *Bocaccio*, tan aplaudido como siempre.

En el teatro del Príncipe Alfonso se hacen grandes preparativos para la comedia de espectáculo *El gran Tamerlan de Persia*. El libro, de los Sres. Santero y Cabie-

des, tiene que ser necesariamente bueno.

En el Circo-Hipodromo de Verano gran concurrencia infantil los juéves y domingos por la tarde, y de todas edades por las noches. Los perros y monos sabios constituyen ahora la parte predilecta del espectáculo.

En el Circo de Price sigue la pantomima *Venganza del conde Rotoff*.

En Guignol, tantos llenos como funciones.

Acompaña á este número el pliego 26 de la *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, escrita por D. Manuel Osorio y Bernard.

En Avila se trata de establecer una delegacion de la sociedad Protectora de los Niños.

Se ha publicado en el *Diario Oficial* de la vecina república el decreto creando los anunciados batallones escolares, con lo cual dispondrá Francia, dentro de poco, de un ejército infantil que tal vez alcance la cifra de dos millones de soldados.

Para formar idea de lo que es la instruccion pública, especialmente la primaria, en los Estados-Unidos, damos á continuación las cifras siguientes.

Importe de los sueldos de los profesores de ambos sexos en el año 1880, pesos 55.158,289.

Importe de lo gastado por material en el mismo año, 30.732,833,

Total, 85.891,127.

Siendo la poblacion de 50 millones de habitantes, resulta que se ha gastado por cada habitante 1,72 pesos.

Si en España se aplicase el mismo tipo, aún cuando no se fije la poblacion más que

en 16 millones de habitantes, deberían gastarse por año en la primera enseñanza 27 millones y medio de pesos, ó sean 137 millones y medio de pesetas.

De un informe académico, referente á la instruccion primaria, se deduce que no hay nacion alguna á tanta altura como la germánica. La educacion de los niños se hace en miles de *Jardines de la Infancia* llenos de aire, de luz, de flores y de árboles, que permiten al parvulillo que se desarrolle con vigor sin igual. Las ciencias naturales y exactas se enseñan por el método intuitivo, y no hay niño que no sepa mucho más que un adulto en los países meridionales. Tambien se da grandísima importancia al estudio de la historia para tener siempre vivo el amor á la patria.

Para conservar la vista de los niños se proyecta en Francia imprimir en papel azul los libros de la primera enseñanza.

Se ha construido en Inglaterra un magnífico buque dedicado á la instruccion de niños desamparados, con objeto de educarlos y hacerles ciudadanos útiles.

Esta casa benéfica flotante, llamada «Exmont», ha reemplazado al antiguo buque «Goliath», que se quemó hace algunos años.

La mayoría de los niños educados en el «Exmont» se dedicarán á la marina.

Los fondos depositados en Francia por las Cajas de Ahorros escolares pasaban en el año 1878 de mil millones de francos. El número de escuelas dotadas de Cajas de Ahorros, es en la actualidad, en aquel país, de 4.000.

